

FERNANDO LAMBERG

UN ATAQUE

---

UN TRAJE verde con reflejos de plata se adelantó hacia Enrique. Había una fisonomía pálida dentro de él. Enrique estrechó la mano de Aída. Sintió que los dedos rivalizaban en frialdad con el oro del anillo.

La fiesta reunía diferentes personas. Aída se presentaba sin su esposo, como era habitual. Las líneas aéreas se encargaban de él y sus continuos negocios, sirviéndole de alfombra mágica de la ignorancia (real o fingida).

Los ojos de Enrique se deslizaron a lo largo del rostro como dos garras burlonas.

—¿Qué miras? —preguntó Aída. La sonrisa se adornó de arrugas de tensión y brillo dental. —¿Encuentras que el tiempo me maltrata?

—Estás hermosa —dijo él, pensando en lo relativo del concepto.

Con sus pómulos altos y sus ojos pintados, no habría recibido mucha atención en el mundo antiguo. Actualmente correspondía al concepto sofisticado de la mujer. “Una mujer elegante no debe poseer nariz” —dijo Salvador Dalí. Aída, ostentaba, sin embargo, una prolongación desafiante. Esa nariz llevaba un reto implícito. Pocos supondrían, al mirarla, la inseguridad que había tras ella. Únicamente en los salones donde se llevaban estadísticas de sus amantes, comentábase tal disparidad.

—La nariz tan insolente como las caderas —opinaba su mejor amiga, la frágil Ana María—. Su única defensa es la armadura.

Pese a los años, la armadura no poseía mucho moho. Aída acentuaba esa impresión de poder usando trajes de brillos metálicos y protegiéndose los ojos, las cejas, las pestañas, las mejillas, las manos, las uñas con específicos de diferente densidad.

—¿Qué cuentan tus últimas experiencias? —preguntó Enrique, alargando el cigarrillo hasta el encendedor que ella le ofreció.

—Prefiero evitar los comentarios. La experiencia es el tobogán que nos lleva a los mismos errores.

—¿Te has dedicado a reflexionar? —preguntó Enrique.

Ella balanceó una copa de alto pie en sus dedos. El licor oscilaba con reflejos pendulares: brillaba a la luz como su vestimenta.

—Algo debe sacarse de tanto ir y venir, aunque sean máximas caseras.

Ambos estaban en la bulliciosa red de la reunión. Aída como una supuesta araña que, en verdad, era una mosca momificada y él —pensó Enrique— como una hoja ligeramente marchita.

—¿Sigues escribiendo versos? —le interrogó ella.

—De vez en cuando. Necesito reunir condensaciones de estímulos para darles forma.

Su libro de versos había naufragado en medio del silencio general. Esto no era obstáculo para que le llamasen poeta.

La red se henchía y decrecía, de acuerdo al ritmo de las conversaciones. Ana María formaba el centro de un grupo agitado. Semejantes a hormigas siguiendo la miel, los hombres se movían en torno a ella ensayando frases y sonrisas cínicas. El pregón de su ruptura con Jaime la colocaba en una especie de subasta o disponibilidad. Varios aspiraban a la sucesión. Aída, en cambio, no presentaba novedad para la mayoría. Además la fama de sus ataques histéricos conspiraba contra ella. No es agradable encontrarse de pronto agredido, menos aún cuando la enajenada presenta señales de decadencia.

Enrique pensó en las sinfonías tontas de Walt Disney. Con los fragmentos de las conversaciones podría formarse una: “lo más exquisito visto en los últimos cincuenta años... te aseguro que el ballet es superior... sencillamente fantástico... ¿sabes que me encuentran esquizofrénico? ...”

La hora avanzaba, paulatinamente desintegrada por los ácidos del alcohol y una música de fondo que nadie escuchaba. Las copas vaciaban su contenido en las gargantas ávidas de seguridad u olvido. Eso no impedía divisar bajo las múltiples significaciones, otras palabras. Enrique se preguntó quién se encontraría diciendo aquello que deseaba decir. Por lo menos, él no.

—Aída, ¿cuándo comprenderás que no eres sino el espectro de un pretérito fugitivo? Nunca tu belleza fue grande sin ayuda. Ahora los cosméticos no impiden que parezcas una ruina ansiosamente ocupada en no mostrar la desintegración. Pero ya no es posible. El mito de Fausto o Dorian Gray es masculino. Además, compararte con Fausto parece sarcástico. No existe sino una ciencia que tú podrías haber dominado y, a juzgar por los comentarios de tus amantes, no llegaste a dominarla. Paseas por los salones en busca de tus postreras víctimas. Deseas que las últimas inmolaciones se adelanten a las sombras en el templo sacrílego. Y parece que me eliges como el límite de tus posibilidades.

En lugar de eso, preguntó: —¿En realidad viajaste unos meses por los lagos del sur?

—¿Realidad? —Aída enarcó una ceja en un gesto que debió ser encantador a los veinte años—. ¿Crees en la realidad? La magia es el fin de todo. ¿No percibes la magia de esta reunión, de las palabras, de cada ademán? Todo es mágico.

—Sí —pensó Enrique—. Sólo la magia podría darte otra epidermis o traerme el Premio Nobel.

—Efectivamente —repuso—. Se desprende magia de cada gesto. Nuestro deber poético es revelar esa magia. Permitir a cualquiera mirar las profundas fuentes del encanto cotidiano.

—¡Exacto! —Su traje plateado se infló en la región del pecho. Su anillo destelló como la mirada de un saurio. Eso quería decir. Hay belleza en todo.

Enrique se dijo que las ideas fundamentalmente ciertas son difíciles de administrar. Desde un sereno punto de vista, se encontraría hermosura en la lucha de un ser humano por retener los días, en ese heroico aferrarse a la existencia. Pero uno no lograba ubicarse en tal posición. Hallándose comprometido,

huía con prisa de tal espectáculo. Los ojos se inclinaban anhelantes; los brazos rozaban los brazos; la persecución hacía sentirse sobre arenas movedizas.

—Cada mañana amanece con infinitas horas y ocasiones infinitas —dijo.

—¿Repites un verso de tu libro?

—No. Aunque podría parecer. Es el tono. ¿Has notado que las ideas se encuentran sujetas a un tono especial? Cualquier concepto que se aleje, desafina.

—Posiblemente eso me ha ocurrido siempre: desafinar. Más aún, no he hallado el tono.

Ella estaba impaciente por acumular todos los veredictos posibles. Semejante a esas personas que compran libros de medicina y van descubriéndose desde el glaucoma hasta el cretinismo, ella se enfermaba de cuanto mal espiritual uno pudiese nombrarle. Jesucristo no solamente habría sido bañado en perfumes por esta Magdalena, sino que habría recibido un diario de confesiones y una cantidad de túnicas.

Aída disponía de dinero. El esposo manifestaba su desprendimiento también en forma monetaria, y ella atiborraba a los amantes con encendedores, corbatas, sombreros y libros. Esto la habría hecho conocer al más desalmado rufián, si no exigiese una dosis de cultura previa. Para las iniciaciones eróticas de Aída era preciso conversarle, whisky en mano, de la cuádruple raíz, del principio de razón suficiente o del ángel demoníaco: el amado Rimbaud.

El fracaso del orgulloso Hernán se debía a ese factor. Mientras en el círculo de mujeres que buscaban artistas semejantes a gladiadores, el estúpido actorcillo podía elegir sin fatiga, el día que acompañó a Aída sufrió una derrota.

Ella colocó música en el tocadiscos y le interrogó: —¿Te gusta Cimarosa?

—No la conozco —dijo él.

Este revés no amedrentó a Hernán. Enrique no tuvo necesidad de esforzarse para verlo en medio de un grupo, escuchando con la misma actitud de ensimismamiento que adoptaba en "El hermoso indiferente".

La reunión no tenía más de tres varones que se hallaran en el nivel que Aída exigía. Los otros ya pasaron por la alcoba, de manera que él miraba con cierto terror la figura inclinándose y preguntándole:

—¿No crees que las “Hojas de hierba” poseen un encanto que jamás perece?

El debía imitar a Hernán y responder: —“Nunca miro el pasto”. Pero su mentalidad se hallaba tan moldeada por sus lecturas que no pudo menos de contestar: —Virgilio es superior a Walt Whitman.

—Virgilio lo es todo —dijo ella. En un Virgilio caben cuatro Shakespeares.

Enrique pensó que el número de Shakespeares que podía contener Aída, era ilimitado.

Una bandeja pasó cercana. Cogió un vaso. Hizo una seña a Aída, quien aprovechó asimismo la ocasión.

Ella miró en dirección a la pálida Ana María, su mejor amiga.

—Parece una esclava en subasta pública —comentó. Esos cretinos no aguardan que empiece a olvidar a Jaime. Se precipitan como cuervos sobre la herencia.

—Supongo que Hernán será el preferido. Posee espaldas más amplias —comentó él.

—Es un animal de espaldas anchas e ideas estrechas —dijo ella, sorbiendo cuidadosamente el líquido. Miraba con virtuosa indignación el grupo formado alrededor de Ana María.

Una carcajada sacudió a los hombres, en respuesta a una observación. Enrique recordó que, en cierta ocasión, había rendido homenaje a las sandeces de Ana María, esperanzado en un reciente disgusto con Jaime; pero ella volvió donde el esposo y él permaneció indignado por hacer el idiota una tarde, sin más fruto que la experiencia. “El tobogán que nos lleva a los mismos errores”. Si Ana María le alentara, seguramente haría el estúpido, no una tarde, sino un mes completo.

Ambos observaron con atención a la mujer.

Era delgada y tan frágil que los ojos parecían lo más sólido de toda su persona. Hablaba en forma precipitada, casi anhelante, deteniéndose a aspirar en ciertos momentos. Se hacía

simpática por el entusiasmo que demostraba hacia cuanto se le dijera. Esto es, antes de advertir que no escuchaba.

—El primer instante de una vida agitada —pensó Enrique. —En quince años más esta alegre colmena se habrá desbandado. Las nuevas abejas nada querrán saber de ella, como nada desean saber de Aída. Posiblemente en esa época un autor de versos sea elegido como último recurso.

Ya que le interesaba Ana María, era absurdo que debiera atender a los insistentes éxtasis de Aída y más doloroso aún estar cierto de que mientras Ana María desplegase por doquier su encanto, nada querría saber de él.

—¿Estaré condenado a escuchar las voces que gimen en el abismo del tiempo y a permanecer con ellas? Si estuviese a mi lado Virgilio, me diría: —“No te detengas. Sigue”. Pero en eso tampoco asemejo a Dante.

—¿Has notado que el bellaco de Daniel es el más entusiasta? Todos saben que sus conocimientos se limitan a extraer dinero de las mujeres. Ella parece encantada. Quiero ver cuánto dinero queda cuando se retire.

Sabiendo que Daniel fue amante de Aída y no ignorando ella que uno lo sabía, esas reflexiones se tiñeron de excesiva experiencia.

—Quieres decir que, de acuerdo a la ley del tobogán, estarías dispuesta a dejarte explotar de nuevo por ese mequetrefe.

Aída lanzó una carcajada. Había momentos en que Enrique se tornaba insoportable. A pesar de todo, sus ojos no carecían de atractivo y la contemplaban con cierto divertimento.

El poeta de la belleza de la vida tenía algún encanto. ¿De dónde habría sacado los modelos para sus “hombres potentes y mujeres fértiles”? Evidentemente no de la reunión.

Las figuras que se encontraban allí eran las de siempre. Bastaba dar una ojeada en derredor para encontrar al encorvado y farfullante Pedro Romero, dando sus opiniones: —“¿Hamlet?” Melodramático y mal construido, filosóficamente monstruoso... “¿Crimen y castigo?” Dostoiewski busca siempre la solución fácil para una novela: el asesinato...

Por supuesto, al hablar de los contemporáneos sus expresiones alcanzaban un delirio condenatorio. Era demasiado evidente que jamás había logrado estrenar.

En un sillón, hundido en contemplaciones desinteresadas, se veía a Diego Prado. Sus versos eran más celestes cuanto más aumentaba la explotación de sus campesinos.

No valía la pena mirar. Enrique prefirió buscar una bandeja. Cogió dos copas y sandwichs. Volvió junto a Aída. Ella parecía sumergida en una meditación lunar. Su faz resplandecía de blancura destruida.

—¿Deseas un trago?

—¿Qué será —preguntó ella, despreocupada con excesiva evidencia.

—Bebe y sabrás —aconsejó él.

Aída cogió el vaso. Su gema brillaba. Con un soberbio impulso, vació el contenido, sin darse cuenta de qué se trataba.

—Ana María podría darle arsénico —pensó Enrique. Así dejaría de ingerir alcohol en forma mecánica.

Como si la idea de un posible envenenamiento exigiese su presencia, Pedro Romero apareció junto a ellos. Sus dientes incompletos dieron fulgores amarillos. Su cara se plegó en una cantidad inverosímil de arrugas. No podía saberse si sonreía o hacía muecas de gárgola para acentuar el desprecio a los demás.

—¿Excesiva población, verdad? —dijo.

El humo de los cigarrillos, el ruido de las conversaciones, los frecuentes tropiezos con otras personas hacían pensar eso. Sin embargo, la forma de enunciarlo de Romero parecía indicar al interlocutor: —Es usted quien sobra.

—Muchos son los llamados y pocos los escogidos —repuso Aída.

—¿Escogidos para qué? —preguntó Romero. Uno veía flotar el vitriolo en las gotas de saliva.

La observación de Aída era vaga. Ella no supo contestar.

—Escogidos para comer y beber —aclaró Enrique, acudiendo en auxilio. Deseaba escuchar comentarios malévolos sobre Ana María.

—Perdonen si son amigos de la dueña de casa —dijo Romero—, pero ¿por qué demonios no aprovisionan mejor la despensa? He tocado medio vaso. No he comido nada.

Enrique se preguntó la causa por la cual seguían invitando a todas partes a ese farfullador. Acaso fuera para sentirse menos envenenados en comparación.

—¿Has visto “El hermoso indiferente”? —le interrogó. También quería oír improperios contra Hernán.

—¿La obra de Cocteau? No me interesan esos trucos descarados, esas menudencias —repuso. —Nunca he conocido una obra seria en la cual el actor no posea otro papel que el del diario que lee.

—Deberías ir. Actúa Hernán.

—La pieza es idiota. Con Hernán se convierte en una redundancia.

El ruido disminuía, indicio de que —deslizándose subrepticiamente— los invitados comenzaban a abandonar el sitio. Romero divisó a uno próximo a salir.

—Perdonen. Debo hablar con él.

Y les abandonó.

—¿No crees —preguntó Aída— que es hora de esquivar a las fieras?

—Vamos —se dijo. Ha llegado el instante del sacrificio. Me pedirá que la acompañe, me invitará a beber un vaso de algo realmente bueno, me hará escuchar a Pergolesi, dará quejas de sus antiguos amantes y me obligará a abrazarla. Después de todo —pensó, mirándola— no está impresentable. Pondrá algo de su parte para que hable de su fuego otoñal.

Resignado al holocausto, respondió: —Sí, es hora de abandonar esto.

No necesitaron esquivar a Ana María. Aunque los invitados habían disminuido, la rumorosa colmena adquirió nuevos adeptos, tal como si tímidos pretendientes aguardaran la última hora para acercarse o como si, faltos de entretención ahora que la mayoría de las mujeres, la comida y la bebida desaparecieron, se allegaran al único foco de atracción. Sólo a intervalos se divisaba la figura congregadora, cada vez más frágil y precipitada. Los gritos de aprobación del corro eran más ruidosos.

Enrique llamó un taxi. Subieron. Aída se reclinó en el respaldo. Cerró los ojos. Siempre que uno estaba con Aída tenía la impresión de que sus gestos debieron ser encantadores hace tres lustros. No exhibía ademán que no fuese anacrónico.

—¿Te fatigan estas reuniones? —preguntó con voz que intentó hacer lejana y misteriosamente poética.

—Sin duda. Pero hablo sobre mi libro y consigo a veces dos o tres promesas de compra.

Las luces de la ciudad mostraban un tejido multicolor. Dejaron los barrios centrales. Prosiguieron hacia el Este, en demanda de los barrios tranquilos y hermosos. Cuanto más aproximábase la ciudad a la cordillera, surgían casas más amplias de industriales y comerciantes.

El taxi se detuvo ante un chalet de acogedoras líneas. En la muralla blanca aparecía la luz de un farol como anticipación de una vida cálida e íntima. Cuántos ojos ilusionados habrían visto su centelleo, ojos progresivamente indiferentes, hasta llegar a los suyos, llenos de inercia y mofa. Debía confesarse que aceptaba la invitación de Aída por una especie de ley del menor esfuerzo. El rechazo le habría significado molestias, rencores, explicaciones. También existía un deseo experimental. Sentía curiosidad por conocer las reacciones de la mujer una vez que se despojase de sus armas. Acudió a su memoria una historieta ilustrada: un hombre pasea por Marte, provisto —naturalmente— de su equipo interplanetario. Recibe la invitación de una hermosa criatura terrestre. Mientras saborea un cóctel, ve salir tras un biombo la vestidura y la escafandra de la invitante. Sonríe. Pero de súbito aparece una envoltura plástica que simula el cuerpo humano y bajo ella una horrenda marciana que se abalanza sobre él. La historieta le había espantado. Se preguntó si bajo el traje verde y plateado, si bajo las múltiples pinturas, existiría un peligro semejante.

—Toma asiento.

Pantallas discretamente veladas otorgaban aire de intimidad. En las murallas diluidas por la semipenumbra era posible distinguir reproducciones de óleos.

—Elige un disco. Supongo que entenderás el mecanismo de ese mueble.

Enrique consultó la discoteca. Eligió un concierto de J. S. Bach para dos violines. Los adelantos de la técnica permitían que Jasha Heifetz interpretara ambas partes. Colocó la grabación en el platillo. Consultó los diversos accesorios. Pronto escuchó la cuidadosa queja de los instrumentos. Aída mezclaba hielo y licor. El licor de la pasión de Bach bajo el hielo de su estricta forma.

Cogió uno de los vasos que traía la mujer.

—Por ti —brindó.

Aída tomó asiento frente a él, en un extremo del sofá. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en llamarlo.

—Ven —dijo ella.

Al parecer, consideraba innecesarias las pausas.

Fue junto a ella, apoyando la espalda contra los almohadones de color obscuro. Una mano de Aída cogía el vaso, que sorbía con lentitud. La otra, absurdamente abandonada, hacía relucir la gema. El contempló esa mano protegida por la coraza deslumbradora.

—¿Miras el color del esmalte?

Abrió los dedos. Los hizo flotar ante él como un abanico. El la cogió por la muñeca. Acercó esa mano, frunciendo el entrecejo.

—Si fuese quiromántico, diría tu futuro.

—¿No lo eres? —preguntó Aída, adoptando un tono que supondría aterciopelado; pero que evidenciaba el mecanismo rechinante. ¿Con qué fin adquiriría ese tinte? Posiblemente consideraba que las cantantes del susurro eran el colmo de la seducción e intentaba imitarlas. Sólo faltaba que utilizase los dos violines de Bach como telón de fondo a "The man I love".

—Algo puedo adivinar.

—Veamos.

—En primer lugar, posees dinero. Eso no interesa.

—¿Dónde se halla escrita la sentencia?

La sonrisa de la mujer era agresiva. Generalmente aquellos que hablaban de desinterés terminaban asaltando su talonario de cheques. Enrique desempeñaba un empleo; pero nadie sabía a qué extremo llega la poética desvergüenza de los poetas.

—Veo esa frase en tu anillo.

—Tu quiromancia es excepcional. Mirarás otro anillo y dirás que soy casada. Observarás mi cabello y dirás que está teñido.

El besó el dorso de la mano.

—Eres una criatura encantadora.

—¿También eso está escrito?

—No con mucha precisión. En otros lugares la frase es más clara.

—¿Dónde?

El respondió con la acción. El contacto de los labios pintados era frío; pero volvió a besarlos. Su vaso tintineó. Se quebró con un sonido agudo.

Aída abrió los ojos.

—No te preocupes. Arreglaré eso.

Se levantó con celeridad. Fue a la cocina. Volvió con un delantal, tendiéndolo sobre el suelo. El género se tornó obscuro y húmedo.

—Supondrán que te embriagas —comentó él.

Ella estaba de pie, siempre enfundada en el vestido verde y plateado. Lo contemplaba con atención, sin señales de sentarse junto a él.

—Debo demostrar entusiasmo —se dijo Enrique— o la ofenderé.

Se incorporó rápidamente. Rodeando su talle, la besó repetidas veces.

—No sabía que eras cavernario —opinó ella.

—¿No leíste mi “Canto primigenio”?

—Exquisito —dijo Aída—. Supongo que estarás asegurando la venta de otro ejemplar.

—No digas absurdos.

—¿Es el nuevo nombre de las idioteces?

El consiguió doblegar la armadura y sentarla sobre el sofá. Comenzó a presionar para que se reclinase; pero ella poseía más fuerza de la que supuso.

—No seas agresiva.

Ella lo contemplaba, intentando ver en él un destello de interés. ¿Habría llegado al extremo de dejar impasible al último cretino?

Forcejeó. El continuó besándola. Al parecer, no sería mal amante.

—¿Aprendiste todo esto en los libros de poesía? —preguntó.

—No. En cursos por correspondencia.

Los dos rodaron sobre el sofá. Los muslos de Aída eran más amplios de cuanto imaginara. La resistencia que ella oponía hizo que de pronto el anillo golpeará su nariz. Apareció un poco de sangre. ¿Para qué las escenas? No estaba dispuesto a estropearse cada vez que acompañara a una mujer a casa. Tal vez era la maldición que pesa sobre los profanadores de ruinas.

Aída lo observó, mientras arreglaba su coraza.

—En el baño hay un botiquín. No te preocupes. Te prepararé un trago.

—Baudelaire aconsejaba "Embriágate". Parece que aquí es necesario —se dijo él.

El concierto para dos violines de Bach finalizó. Aída guardó el disco. Preparó dos vasos. Introdujo en ellos licores de alto grado. Enrique comenzaba a agradarle. De los poetas nada podía decirse con certeza. Estaba hallándole facetas ignoradas. ¿Por qué no podrían iniciar un largo idilio? El vendría en las tardes a escribir a máquina. Ella le obsequiaría colecciones líricas. Podría servirle de tema. Enrique hablaba de la belleza de la vida; pero en forma demasiado abstracta. Ella le haría concretar, personalizar

Enrique volvió del baño. Se había despojado de la chaqueta. La dejó caer en un sillón. Sus espaldas no eran anchas, aunque parecía bien nutrido. Oprimió a Aída contra sí.

—¿No quieres un trago?

El bebió. Había decisión en sus gestos. Volvieron al sofá. Aída pensó que su traje era costoso. ¿Cómo indicar, sin violencia, su superfluidad? Pasó las manos por los cabellos de él.

—Sólo tú deseas estar cómodo.

El la miró sonriendo.

—¿Por qué no te liberas de esa coraza?

—Si me dejas ir al dormitorio.

—¿No hay nadie en casa?

—Nadie. ¿Por qué preguntas?

Se arrellenó en el sofá, visiblemente satisfecho.

—Interrogaba.

Aída fue al dormitorio. ¿De qué manera vestirse? Eran preferibles una blusa clara y amplia, unos pantalones oscuros. Efectuó su metamorfosis con tranquilidad. Enrique era prudente. No irrumpiría como otros que confundían la alcoba con un corral de cerdos.

Salió. Enrique contemplaba la discoteca, deteniéndose en los títulos. La miró.

—Te ves más pequeña y deslumbrante.

—Las galanterías no son obligatorias.

—No es galantería. Es realidad.

Ella abandonó en el sofá su resistencia. Comenzó a desplegar sus artes, que no se marchitaban. Enrique abrió su blusa. El rostro de ella palideció. Lanzó un gemido. Su cuerpo se replegó bajo el repentino dolor.

—¿Qué tienes?

Las palabras de Aída surgieron dificultosamente.

—Parece un ataque de apendicitis.

El brillante castillo próximo se sumergió en la sombra. Sobre su puente levadizo había un centinela. Agitaba un apéndice vermicular.

Más que la inquietud por la mujer, el furor sacudió a Enrique. Sólo eso faltaba. Jamás pensó en la sublevación de los intestinos arqueológicos.

Se precipitó al teléfono. Llamó una ambulancia.

—¿Te haría bien un poco de hielo? —preguntó.

—Busca en el refrigerador.

Colocó con rapidez trozos en un paño, volviendo al sofá hospitalario. Dispuso el hielo sobre el cuerpo encogido. Le pareció interminable el tiempo entre su llamada y el sonido ululante de la ambulancia.

Abrió la puerta a los hombres. Los uniformes blancos se precipitaron en la habitación. Aída fue colocada sobre una camilla.

—¿Puedo ir? —preguntó.

El hombre más alto le dio una mirada.

—No hay inconveniente.

Esperó que fuera ubicada en el interior del vehículo. Subió a su lado. Los vidrios empavonados le impedían ver los barrios. Sentía la advertencia estrepitosa de la bocina. El rostro de Aída perdió la última huella de seducción. Se veía increíblemente arrugado, pálido y pequeño. Los cabellos parecían humedecidos, adhiriéndose al casco.

Había sacado todas las llaves que encontró en la cartera de Aída con el objeto de entregarlas a la hermana. Esperaba que no hubiesen quedado encendidos la cocina o el receptor de radio. Nadie ignoraría que él estuvo con la mujer. Los comentarios envenenados le darían el título de conservador de los bienes nacionales o algo semejante. ¡Ojalá se atragantaran con las palabras!

Mientras Aída era llevada al interior, una enfermera tomó los datos.

—Casada —dijo él.

—¿Es usted el esposo?

—No. Un amigo.

Solicitó permiso para hablar por teléfono. Comunicó a la hermana de Aída lo ocurrido.

—Estaré inmediatamente allá —dijo Eugenia. —Es una suerte que la estuvieras acompañando.

Enrique aguardó, con semblante acongojado. No le agradaban los hospitales. Veía pasar uniformes blancos. Sentía timbres, llamadas, órdenes. Llegó una camilla con un hombre que gritaba. Esto le abatió más.

La hermana de Aída apareció. Vestía un traje sastre gris. No se obstinaba en cogerse a una edad a la cual no pertenecía. El esposo de Eugenia era un hombre menudo, parlanchín. Resultaba agradable.

—Lo siento —dijo Enrique. —Debo irme.

Intentaron retenerle, sin éxito.

Encogido en el taxi, vio pasar las luces de la ciudad. Rojas, amarillas, verdes, azules, blancas. ¿Cuántos ataques de apendicitis se producirían cada noche en la ciudad? ¿Cuántos ataques a una Aída sin apendicitis se efectuarían?

El taxi lo dejó en la puerta de su casa. El resto de la familia

debía dormir. Encendió las luces del living room. Contempló en un espejo su nariz. Afortunadamente no exhibía huellas. El vasto silencio de la noche lo rodeaba. Aún el tiempo invitaba a permanecer despierto contemplando los cielos estrellados. En el patio, visibles a través de los cristales, los árboles elevaban ramajes contra el brillante azul. Quebraban de súbito el silencio pequeños ruidos: gritos de aves, susurros de insectos. De vez en cuando voces que se acercaban y desaparecían.

Preparó un vaso de cognac. Sacó su libro de un estante y comenzó a leer un canto primigenio: "Hombres potentes y mujeres fértiles..."